

Nasif, Mónica

El entorno feérico en “El Unicornio” de Manuel Mujica Láinez

I Jornadas : Literatura, Crítica y Medios : perspectivas 2003

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Nasif, Mónica. “El entorno feérico en “El unicornio” de Manuel Mujica Láinez.” Ponencia presentada en las Jornadas de Literatura, Crítica y Medios: perspectivas 2003, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2003. [Fecha de consulta] <<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/el-entorno-feerico.pdf>

(Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

El entorno feérico en *El Unicornio* de Manuel Mujica Láinez

Mónica Nasif
SECRET - CONICET

Magia, milagro y maravilla conviven en la novela de Mujica Láinez como lo hicieron durante la Edad Media. Las tres categorías de lo sobrenatural medieval se asocian en el mundo representado del escritor para producir la atmósfera de irrealidad que parece atravesar al Medioevo; los seres se entremezclan, las creencias se cruzan, los sentimientos por lo sagrado y lo profano se expresan a través de conductas que la narradora describe:

Lo que eleva a la Edad Media y la coloca por encima de la calculista realidad actual , es -¿cómo expresarlo?- la prodigalidad espléndida con que sus hombres se entregaban a la vida y bebían hasta el fondo un cáliz en el que lo divino y lo terreno mezclaban su abrasadora mixtura. Cada uno era lo que podía ser, con plenitud, simultáneamente demonio y ángel¹ (*El Unicornio*, 131).

La galería de personajes que desfila por las páginas de este libro manifiesta la heterogeneidad de sentimientos que empujan a los actores de este “drama” a padecer sus destinos y a no negarse a “beber ese cáliz”; entre ellos hadas, duendes, ángeles y demonios se unen para dar una verosímil visión de lo que pudo haber sido la Edad Media.

La ficción novelesca de Mujica Láinez une lo que el poder medieval de la Iglesia intentó separar: lo maravilloso pagano y lo maravilloso cristiano² se fusionan en el camino de fama y de gloria de los Lusignan, de los descendientes de la mujer-serpiente. En el siguiente párrafo del texto se lee una magnífica síntesis:

...y lo insólito aguardaba al hombre de la Edad Media en cada encrucijada, de manera que si era factible topar con un dragón, con un gigante, con un unicornio o con un arcángel, o recibir como regalo una garra de grifo, o que a uno le propusieran en venta [...] un trozo de pan masticado por Nuestro Señor y traído de Tiberíades, hubiera sido tonto asombrarse de cosas que, por singulares que se juzguen, pertenecen a la rutina cotidiana (49).

Melusina se apodera de su vida para contarla, para que el lector conozca de sus propios labios sus desgracias y sus alegrías; el relato en primera persona la convierte en juglar y en poeta, en transmisora de noticias y en melancólica vocera de sus sentimientos y también, en omnisciente

presencia, por su condición feérica, dentro del corazón y la mente de los que acompaña. La novela comienza con el relato de Jean D'Arras y luego se prolongará hacia uno de los descendientes, Aiol de Lusignan, durante las Cruzadas.

El hada vive recluida en el campanario del castillo y próximo a ella reside un ángel, personaje que luego se le aparecerá en el bosque, acentuando esa ambigüedad entre los seres etéreos que atravesará todo el texto.

Su estado como mujer-sepiente se debe a un castigo impuesto por su madre Presina y que su esposo Raimondín termina por perpetuar³. De esta manera, Melusina será testigo de sus propias decisiones y de los avatares del resto de los personajes, principalmente de Aiol de Lusignan, quien se parece extraordinariamente a Raimondín. A partir de ese momento, el hada unirá su vida a la del joven y a las de sus acompañantes, saldrá de su letargo, de su reclusión, para inmiscuirse invisiblemente primero, y corpóreamente después, entre las pasiones y penurias del extraño cortejo.

Melusina es un hada *madrina*⁴, ella provee de bienestar a Raimondín, su marido, construye el castillo de Lusignan, ayuda en los campos, es la *Mère Lusine*, la diosa benefactora que vela por el héroe y procura auxiliar también a sus descendientes, pero su condición de hada amante, característica fundamental del hada medieval, la sume en profundos estados de angustia y desesperación:

Desde la época de Raimondín, la noción de utilidad resulta inseparable, para mí, de la idea del amor. En mi concepto, el amor se afirma sobre dos columnas: la extrema eficacia servicial y los celos. Estos últimos no me abandonaron nunca... (183).

Su amor la impulsa a formar parte de ejércitos para combatir al infiel y ser testigo de la enfermedad y muerte del joven rey Badouin y de la atormentada Azelaís; nada la detiene a la hora de estar junto a su amado Aiol de Lusignan, inclusive cambiar de estado y convertirse en el caballero Melúsín de Pleurs a causa de una mala jugada de su madre Presina.

El hada es inmortal, pero nunca se jacta de esta condición, sino que, por el contrario, sufre a causa de ella; demuestra su dolor frente a la pérdida de un ser amado con un atronador grito que cierra una etapa de su propia vida. “¡Ay, cómo quisiera morir, cómo quisiera haber muerto entonces! Pero nosotras no

morimos. Sé que en Escocia hay cementerios de hadas [...]. Y aunque mi padre Elinas fue rey de Escocia, no puedo morir” (27).

Melusina es testigo de todos los temas y motivos medievales que desfilan por la obra de Mujica Láinez: ermitaños, reliquias, monstruos, las Cruzadas, los templarios, y también la decadencia del poder de la Iglesia.

El bosque es el espacio feérico por excelencia, allí el ermitaño convive con un fadet, ser maravilloso del Poitou, quien colabora con los caballeros y con el ermitaño.

Por la mañana, noté que el recipiente de leche estaba vacío y que, en la cuadra, las esparcidas armas habían sido alineadas contra las paredes, sobre dos improvisados maniqués. Algunas de ellas habían sido bruñidas y fulguraban. El duende familiar del ermitaño trabajaba positivamente bien (114-115).

Los *fadets* o *farfadets* son duendes que viven en cavernas y custodian tesoros, generalmente bien dispuestos. Las tradiciones locales describen a los fadets como hombrecillos negros y cubiertos de pelo. En algunas regiones francesas los llaman simplemente *fadets*, el nombre más largo *farfadet* deriva de una contracción de *frère fadet*, que significa *hermano duende*⁵. Melusina mantiene una curiosa relación con este ser, ya que, además del ermitaño, ella percibe su presencia como el duende, junto con el ermitaño, también se da cuenta del hada. Constantemente dos mundos corren paralelos a través de la novela: lo maravilloso profano-cristiano y lo terrenal. “[...] Que el sensible lector se convenza: hay, como en la Edad Media, hadas y ángeles, que eso fue la Edad Media : el Hada y el Ángel. Y el Demonio” (14).

El pequeño ser le construye un sencillo altar con el cual la recuerda, el ermitaño no se lo impide ni reniega de este acto, el hada es reconocida por los de su misma especie, he aquí la veneración de fadet frente a una escultura del hada hecha por Aiol: “De noche, Fadet lo cubría de flores silvestres y derramaba unas gotas de leche sobre su seno. Brandán lo admiraba” (119).

De alguna manera, ambos seres feéricos van siendo asimilados a lo maravilloso cristiano, sin necesidad de demonizarlos; el escritor argentino nos demuestra que la dialéctica del pensamiento medieval sólo podía ser conciliadora en el terreno de lo irreal, de lo maravilloso, nunca en el espacio en el que el espíritu de las Cruzadas convertía al hombre en un monstruo híbrido

que se debatía entre el Cielo y el Infierno, entre sus compromisos con la religión y los más abyectos sentimientos de su imperfección.

A través del imaginario de Mercator, el juglar, surge la historia de Oberón, rey de hadas, y su relación con Huon de Burdeos, caballero del rey Carlomagno. El relato se canta en la corte de Badouin, el rey leproso, quien ordena el silencio de la corte de tal manera que “Entonces, como en un hechizo, inmovilizóse el trajín de la cámara” (251).

Oberón⁶, al nacer, es dotado de fabulosos poderes por las hadas y provisto de objetos mágicos: un cuerno, una copa, un arco, un sillón y una cota de mallas, sin embargo, una de las hadas lo condena a permanecer enano; según Melusina la responsable es su madre, el hada Presina.

La amistad que Oberón tiene con el caballero Huon de Burdeos produce en Melusina la asociación de la suya con Aiol. El hada encuentra en el relato de Mercator un espejo en el cual reflejarse. Así lo describe el mismo Oberón:

-¡Ay Melusina! Tu dilema es, hasta cierto punto, semejante al mío. Los dos nos hemos enamorado de un imposible. Pero, si bien se mira, todo gran amor es imposible y en eso finca su grandeza. Yo, que soy un hombre-hada, tuve la desgracia, o la suerte (porque mi desgracia me ha hecho desconcertantemente feliz), de enamorarme de un hombre valiente y hermoso; tú, que eres una mujer-hada, estorbada por un cuerpo de hombre, te has enamorado de otro hombre, hermoso y valiente también. Ninguno de ellos, ni Huon de Burdeoa ni Aiol de Lusignan, ha sido o será capaz de amarnos. Rechazan nuestras cortezas, inadecuados embalajes físicos que no sirven de estímulo al fuego de sus frenesíes, y al contrario los apagan (262).

El rey de las hadas le muestra a Melusina lo que ella intuye, lo que se niega a ver, el hada encuentra en el enano su compañero en la desgracia de un amor truncado, imposible; ambos, sujetos a sus amados con el lazo del servicio, de la abnegación: Oberón había dado su cuerno a Huon para ayudarlo, Melusina llamará a su feérico amigo sólo para auxiliar a Aiol, quien aceptará este prodigio como algo natural; tal como lo hicieran los caballeros andantes quienes depositaban el éxito de sus aventuras no sólo en sus propias virtudes, sino también en los poderes de sus aliados sobrenaturales.

La fusión de lo maravilloso cristiano con lo maravilloso profano llega a su clímax cuando el caballero Melusín de Pleurs recibe la Eucaristía, en el momento previo surge un cuestionamiento en la mente del hada, propio de una proyección desde la modernidad: “... y me embargó la eterna duda acerca de

mi razón de ser en un mundo donde todo, lo que existe y lo que que no existe, lo que se comprende y lo que no se comprende, es obra de la voluntad inconmensurable de Dios” (269).

Casi ajena al lugar en el que se encuentran, el hada recibe la Eucaristía en el Gólgota:

Recibí el pan eucarístico y, quizás porque no me había confesado- pero en verdad, ¿hubiera podido confesarme? ¿no bastaba mi deseo de proceder justamente, para liberar de culpas al hada pecadora?- sentí que un fuego terrible quemaba mis entrañas de hombre y, aterrada, convulsa, me precipité al suelo. Me dolía el cuerpo como si me hubieran castigado y al mismo tiempo experimentaba una dulzura que excedía a cualquier comparación... (269).

No sería justo pensar en una redención del hada, ella escapa al ámbito de lo cristiano, sería simplificar demasiado las cosas y subestimar el talento de Mujica Láinez. Además, a través de toda la novela se trata de presentar una visión del imaginario medieval según la óptica de un escritor que conocía profundamente este mundo.

Melusina sólo es consciente de su amor por Aiol, no mide los límites de su sacrificio; así como había hecho con Raimondín, su entrega es incondicional, va más allá de toda categoría que quiera encerrarla en compartimientos abstractos, por su condición de hada sufre el abandono, ya sea en el relato de Jean D'Arras o en la novela de Mujica Láinez o, siguiendo la tradición del Medioevo, en cualquier relato de hadas donde ella padece la frecuente indiscreción del ser humano y su posterior separación del mismo.

El escritor no hace más que humanizar un mundo que, a través de la literatura medieval, parecía muy frío y lejano, los personajes feéricos abordan problemáticas y cuestionan una realidad que, a pesar de su condición sobrenatural, los desborda y los hace sufrir, y ésta es la realidad humana.

BIBLIOGRAFÍA

- BORGES, Jorge Luis. 1996. *El libro de los seres imaginarios*. Emecé: Bs. As.
- BRIGGS, Katherine. 1992. *Diccionario de las hadas*. José J. de Olañeta: Barcelona.
- HARF-LANCNER, Laurence. 1984. *Les fées au Moyen Age*. Champion: París.
- IZZI, Máximo. 1996. *Diccionario ilustrado de los monstruos*. José J. de Olañeta: Barcelona.
- LECOUTEUX, Claude. 1998. *Enanos y Elfos en la Edad Media*. José J. de

Olañeta: Barcelona.
-LE GOFF, Jacques. 1986. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Gedisa: México.

¹ Todas las citas de la novela de Mujica Láinez se hacen desde la siguiente edición: *El Unicornio*, Barcelona, Planeta, 1995.

² Ver J. Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente Medieval*, pp. 9-24.

³ Para leer la historia del hada Melusina ver Jean D'Arras, *Historia de la linda Melusina*, Alianza, Madrid.

⁴ Laurence Harf-Lacner hace la distinción entre el hada madrina y el hada amante: ejemplifica la primera con Melusina y la segunda con Morgana. Lo que las distingue principalmente es la vocación de servicio: mientras que Melusina siempre quiso servir a su amado, Morgana trata siempre de aprisionarlo, encerrarlo y que a ella sea a quien sirvan. Ver *Les fees du Moyen Age*.

⁵ Ver Máximo Izzi, *Diccionario ilustrado de monstruos*, p.178.

⁶ Ver Claude Lecouteux, *Enanos y elfos en la Edad Media*, pp.44-61.